

## ÁNGEL CRESPO Y LA POESÍA

In memoriam

*María Teresa Bertelloni*

El 12 de diciembre de 1995 se nos ha muerto en Barcelona Ángel Crespo, el poeta, el traductor inigualable de Gulmaraes Rosa, de Dante, de Petrarca, de Pessoa, el amigo.

El 13 lo han enterrado en Calaceite, cerca de su casa solariega, mientras caía la nieve, aquella misma nieve de la que había hablado proféticamente:

Es el momento de que Dios nos hable  
apartando los copos lo mismo que cortinas.  
Voz sin facciones, dejaría  
un hueco entre nosotros y la nieve,  
una gran pausa blanca  
entre miradas y su voz.

La muerte de los que nos son queridos siempre nos toma desprevenidos y nos hace sentir culpables. Culpables de estar vivos, de estar de este lado del muro, detrás del cual se encuentra la palabra perfecta: el silencio. Y recordamos lo que quisimos decir y no dijimos, lo que quisimos hacer y no hicimos, lo que quisimos compartir y no compartimos. Mas con Ángel Crespo, desde diferentes cielos y miradas, sí compartimos algo que no se ha ido y que no se puede ir y que no se irá: la poesía, la palabra alada que, tímida u osada, imita, sugiere, revela y esconde la voz de Dios, la voz única e irrepetible, que ha hecho posible toda creación.

Ángel Crespo nació para ser poeta. Su visión del mundo, de las cosas y de las vivencias, fue siempre la del poeta.

Bien es cierto que hizo una traducción inimitable del **Gran Sertón: veredas**, de Guimaraes Rosa, y que escribió, en una prosa clara, sugerente y sugestiva, **La vida plural de Fernando Pessoa**, pero,

en el fondo de todos sus trabajos en prosa, inclusive en sus escritos críticos, está siempre la mirada del poeta.

Sus ojos escribieron en el aire los versos que se hicieron después palabra escrita y dicha, porque así vive el poeta, con el oído atento a los sonidos que vienen de lo profundo y se transforman en dibujos en el viento. Sus manos los atrapan y con cuidado amoroso los transforman en letras, en palabras, en una nueva música que reconstruye el mundo.

Se nos ha ido el amigo, pero lo encontramos en el recuerdo de su compañía amena, de su vitalidad desbordante, de sus poesías apócrifas, que inventaba para divertirnos y que revelaban ese exceso de vitalidad que lo empujaba a hacer, a decir, a ser el cuidador de la palabra poética.

Ángel Crespo vivió veinte años en Puerto Rico y fue profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez. Esos años dejaron en sus amigos y en sus discípulos algo siempre diferente y siempre inestimable. Enriqueció nuestras vidas y nos dio su amistad, su alegría de vivir, su voz sonora y matizada, que lograba, aun en la risa, mostrarnos el lado poético del mundo y de la vida.

Vimos nacer, crecer y llegar a su culminación, la traducción de la **Comedia** y encontramos en ella a otro Dante, suyo y nuestro, el Dante a quien le dijo:

A Dios no vi, porque mi vista no era  
como la tuya, inmune a lo divino,  
mas hice a mi palabra que fingiera  
con tanto amor tus versos, que el Destino  
no ha de impedir que estemos frente a frente  
cuando haya andado todo mi camino  
y ya no sé vivir entre mi gente.

y con quien ahora estará paseando, por el Lungarno de la Florencia eterna, hablando sin palabras.

A Puerto Rico lo presintió, lo vivió y lo tradujo en versos; aquí le dedicó a otro poeta, el entrañable Juan Ramón, un estudio revelador de la relación íntima entre su poesía y su pintura; aquí amó y repuso fuerzas tras sus largos viajes; aquí creó algunos de sus más bellos poemarios y un jardín umbroso en él que se escondían alegres "las ranitas decidoras". Pero el viaje no admite descansos demasiados largos y el poeta tuvo que volver allá donde, por primera vez, el pájaro de la poesía lo cubrió con sus alas y lo sedujo con su canto y volvió sonora su pregunta:

En todas partes una lengua emerge  
que entre los árboles canta, canta.  
Sube una voz. Ignoro cuántos pájaros  
tiene mi voz que en los árboles vive.  
Ignoro cuánta voz tiene mi voz.  
Canta debajo de las ramas verdes.  
Con las aves que nacen de mi boca,  
canta de prisa encima de mis labios.

Habíamos programado un encuentro estival en Calaceite. Volveríamos a estar juntos los cuatro, con nuestras vidas afines y paralelas, para mirar de nuevo el sol desde la misma ventana. Ya no habrá reunión y tendremos que recorrer solos, con la nostalgia del amigo a cuestas, lo que nos quede del camino.

Yo espero, únicamente, que, después, me dejen sentarme en la ribera del Arno y escuchar el diálogo cantante que Dante y Ángel Crespo están creando ahora. Volverá así mi lengua a resonar intacta y melodiosa en mis oídos atentos, mientras la luz de un mayo inacabable jugará al escondite en las suaves olas del Arno.

Escribiste una vez, querido amigo, que “en el misterio es donde reside la verdad”. Ahora y para siempre la diosa se ha desvelado ante ti.

*María Teresa Bertelloni*  
Departamento de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Mayagüez, Puerto Rico 00681